

que tenia colocado sobre su pecho el Crucifijo de madera negra que preserva de las influencias malignas el glacial lecho de los difuntos.

Un hachon de resina delgado y humeante estaba en la pared á la cabecera un poco mas arriba que el lecho; sus delgadas facciones se iluminaban y las prominencias huesosas de su rostro formaban sombrías cavidades

Elena estaba pálida y temblaba al mirarle.

La luz de la resina no alumbraba mas que la cama y un pedazo de madera sobre el cual estaba un jarro de agua bendita.

Lo demás de la habitacion se perdia en una semi-oscuridad, de donde salian cuando la resina arrojaba alguna luz mas sobre los miserables objetos que componian el moviliario del barquero.

El aire era muy sofocante: en la estancia se respiraba con trabajo; la atmósfera se cargaba de tibios miasmas que parecian exhalar la agonía.

Diana estaba en pié junto al lecho de Benito Haligan.

Elena se habia sentado algo separada y preparaba un brevaje en una escudilla.

—Y bien, Benito, decia Diana, ¿no quereis responderme esta noche? Hace un momento os hemos oido cantar; ¿por qué callais ahora?

El anciano no respondió.

Su respiracion, de ordinario anhelosa, era en aquel momento tan débil que no se oia.

—¡Hermana mia! ¡hermana mia! murmuraba ater-

## XXV.

## PREDICCIONES.

Hacia algunos momentos que estaban en la cabina del barquero de Port-Corbeau Elena y Diana.

A su entrada habia cesado Benito de cantar, incorporándose sobre el codo con el objeto de saludar con respeto á las niñas de Penhoel.

Desde entonces permanecia inmóvil sobre el destrozado lecho, con los ojos fijos y vueltos á las maderas almenadas que componian la techumbre de su cabina.

Al verle así, tan demagrado, hundidas las mejillas, entreabierta la boca, se hubiera podido creer que era un sér del otro mundo, tanto mas cuanto

rada Elena; vamos á buscar un sacerdote. Estamos tal vez en la habitacion de un moribundo.

Ningun movimiento del pobre barquero protestó contra este temor.

Proseguia tendido con la boca y los ojos abiertos y cruzados los brazos sobre su pecho, semejante á esas estátuas acostadas que se acostumbraba poner en los sepuleros antiguos.

—¡Benito! ¡mi pobre Benito!... replicó Diana; ya sabeis cuanto os queremos; ¿por qué nos asustais de esta manera? Hemos venido tarde esta noche, pero no hemos tenido nosotras la culpa. Benito, os suplico, respondednos.

Igual silencio.

Elena tenia heladas las venas y se doblegaban sus piernas bajo el ligero peso de su cuerpo.

Diana se acercó mas á la cabecera de Benito y prosiguió:

—Tal vez tengais sed y no habreis podido levantaros para beber: pobre hombre... nos habeis llamado; ha pasado la hora á que acostumbramos venir á veros, y habeis creído que os hemos olvidado.

Siempre el mismo silencio.

Unicamente comenzó á oscilar la llama de la resina, y las oscilaciones, haciendo cambiar las sombras, dieron una especie de vida ficticia al rostro del anciano.

Elena, abandonada ya por el valor, tuvo idea de huir. Diana al contrario, se acercó algo mas al

lecho del barquero, apoderándose de un brazo con objeto de tomarle el pulso.

Al contacto de los dedos de la jóven se estremeció débilmente Benito. Un suspiro salió de sus descoloridos lábios, y agitáronse sus párpados como si el encanto que los tenia inmóviles se hubiera roto de pronto.

—¿Los fuegos artificiales han ardido bien? dijo cerrando los ojos con fatiga; he visto un rojo resplandor á través de la puerta de mi cabaña. Niñas, es un dia de alegría! Se baila en la pradera y en el salon de césped de Penhoel: el pobre Benito está solol....

Tarda mucho tiempo en morirse.

Diana tomó la escudilla de las manos de Elena y se la presentó.

Benito movió la cabeza en señal de negativa.

—He visto el tiempo, contestó, en que Penhoel iba á despedirse de sus servidores moribundos. Entonces no se olvidaba Penhoel de hacer nada de lo que era bueno y noble; pero tiene otra agonía que la del cuerpo, y no quiero que el lujo de un señor...

—Bebed, repitió Diana; esto os aliviará.

—Solo hay una cosa que pueda aliviarme en el mundo, replicó el anciano, cuyas estenuadas facciones espresaron como un movimiento de alegría; es oír vuestra voz suave y dulce cerca de mi oído, Diana de Penhoel. Hay un hombre á quien quiero mas que un padre puede amar á su hijo único y adorado.

A medida que me acerco mas á mi último dia, ven mas lejos los ojos de mi espíritu. No ha muerto; volverá tal vez cuando ya no sea tiempo. Hijas mías, teneis sus grandes ojos de fuego con su buen corazon; cuando voy á ir allá arriba á la puerta del paraíso, antes de hablar por mí mismo pediré á Dios por él y por vosotras.

Su voz se animaba poco á poco, y su cabeza, escondida entre las largas mechadas de sus cabellos grises, parecia pronta á abandonar la almohada.

—¡No, no!... replicó, respondiendo á las palabras que antes habia oido cuando estaba inmóvil y como muerto; no estoy enfadado con vosotras, hijas mías; sabia que vendríaís hoy; pero mañana....

Se detuvo.

—Os prometo venir, quiso decir Diana.

El barquero se levantó lentamente y con trabajo.

—Acercaos aquí las dos, prosiguió con voz mas lenta y llena de emocion; que os vea al menos una vez, mi hermosa Diana, mi bella Elena.... bellas flores del castillo. ¡Oh, sí! si el primogénito de Penhoel hubiese vuelto, gozaria dias muy felices aún la antigua sangre; pero tarda, tardal.... Creo que Dios no quiere.

Echó á la espalda sus largos cabellos canos. Sus ojos comenzaban á brillar en medio de su faz pálida, surcada por profundas arrugas.

Las dos hermanas le escuchaban con muda atencion.

—Veo tambien otras muchas cosas, prosiguió el anciano.... ¿Por qué ha de ser estéril mi voluntad?....

—Hijas, si mañana no venis estaré solo.... porque todo el mundo abandonaria mi lecho de sufrimiento. Dios me habrá privado del último placer que tengo sobre la tierra.

—Vendremos, interrumpió Diana.

Elena añadió sonriendo:

—¿No tengo que venir á preparar vuestra tisana, mi buen Benito, yo que soy vuestro médico?

—Por lo que hace á mí, respondió el barquero, no tengo necesidad de nada, hijas mías.... abandonado ó no, tengo contadas las horas de mi existencia. El hambre, la sed y los padecimientos no podrán matarme, puesto que Dios ha señalado ya la manera de que debo morir..... sé el número de los dias que me restan de vida.... Son muchos....

Elena de Penhoel, antes queríais ir á buscar un sacerdote que me dijera la oracion de los agonizantes; pero antes que yo la necesitareis vos, hija mia.

Elena bajó la cabeza temblando.

Estaba habituada á creer las palabras del anciano como si fueran de un oráculo.

—¡No digais eso!... murmuró Diana; ya sabeis que necesitamos conservar nuestro valor!

Pero Benito Haligan parecia ceder á un poder irresistible.

No era el mismo hombre.

Habíase erguido y aparecía su rostro como inspirado; una llama singular brillaba en el fondo de sus ojos.

—Y vos también, Diana de Penhoel.... continuó. ¡Ambas, ambas juntas!

No me interrumpáis, porque este momento de fuerza que me concede Dios será corto, y cuando calle quizá sea mucho tiempo.. ¡Estoy solo!.... ¡no tengo hijos!.... No amo á nadie en este mundo á no ser vosotras y el ausente....

Desde hace sesenta años que dura mi vida, soy un hombre pobre.... Y sin embargo, he reunido un pequeño tesoro que está enterrado al pié del gran sauce que baña sus ramas en el río, y al que sujeta mi barca en los tiempos que aun podía atravesar con ella las aguas..... Escuchad esto, porque ninguna criatura humana es infalible y tal vez sean mis profecías los delirios de un anciano que muere.

¡Dios lo quiere, hijas, Dios lo quiere!

Bajo el sauce hay cien monedas de seis libras dentro de un jarro de barro.... las he puesto una á una, y para conseguir esto he necesitado muchos años de fatiga.

Cuando Penhoel era feliz y rico, hacia ánimo de dar mi dinero á los sacerdotes despues de mi muerte con objeto de que dijeran misas por el reposo de mi alma.... y también por los azules á

quienes he muerto en el campo de batalla durante la guerra.

Desde que Penhoel es pobre.... no me interrumpáis, sé lo que digo, no tienen derecho sus servidores á pensar en sí mismos.

Me decía: mi dinero será para la Señora, para el ausente, que tal vez vuelva y se encuentre sin patrimonio, ó para las hijas de Juan de Penhoel.

Tened cuidado de no olvidarlo, porque nunca os volveré á hablar de ello.... Suceda lo que suceda, bien vivo ó muerto, ya ahora ó dentro de diez años, os nombro mis herederos, y las cien monedas de seis libras os pertenecen desde este momento....

Elena y Diana lloraban.

—¡Pobre Benito!.... dijeron al mismo tiempo. El anciano sonreía amarga y tristemente.

—No me lo agradezcáis, replicó, á menos que os negueis á seguir mi consejo.

—¿Cuál?

—Hoy, en este momento que os hablo, despedíos de mí hasta la eternidad, y sin perder tiempo ninguno en volver al castillo, id á buscar el dinero que yace enterrado bajo el sauce.... Cuando lo tengáis pasad el río y huid, hijas mías, tan lejos como pueda ocultaros la tierra.

Diana y Elena movieron le cabeza.

—¿Y nuestro padre.... murmuraron al mismo tiempo. Y la señora.... y el Angel?

—¿Qué puede un anciano contra la voluntad de Dios?... dijo en voz alta Benito Haligan.

Luego guardó algunos momentos de silencio, los brazos cruzados sobre su pecho y fijos los ojos en el cielo.

Diana y Elena estaban agarradas de la mano. Sus encantadores rostros, iluminados débilmente por la luz de la resina trémula, espresaban una resignación melancólica.

Ambas tenían igual fe en las palabras proféticas del barquero, ambas creían en aquel anuncio de una muerte violenta y próxima. Entregaban sus almas á Dios y no querían huir.

El sacrificio estaba consumado en el fondo de su corazón sin fausto y con piadosa calma. Veían delante el martirio.

Al cabo de algunos segundos comenzó Benito á hablar consigo mismo, espresándose así:

—¡Dios mío! ¿Por qué mostrais el porvenir á los que son demasiado débiles para prever el mal ó combatirlo?... Desde que ese hombre ha puesto el pié sobre mi barca en una noche de tempestad... desde que un relámpago me mostró por la primera vez su fisonomía, se ha elevado en el fondo de mi conciencia una voz...

Hace tres años que mis sueños me lo muestran día y noche, y siempre, siempre veo lo mismo.... ¡Fatalidad!... ¡nada mas que fatalidad!...

Un poco de sangre invadió sus pálidas mejillas; sus ojos brillaron mas.

—¡Oh! ¡si conservara aún mi brazo la fuerza de un hombre!... exclamó; pero no soy mas que un cadáver. Llegó con una inundación la noche en que el molino de las Houssayes fué arrastrado por la impetuosidad de las aguas.... Han llegado con él los desastres y la destrucción. Una inundación se lo llevará, una inundación y una tempestad. Pero antes de que llegue ese día privará de la existencia á mas de uno y á mas de una en el castillo de Penhoel.... De todas las bellas hijas de Penhoel hará Hijas de la Luna, y esa hora está muy próxima, Diana.... ¡muy próxima, Elena!... Esta tarde miraba cómo trasponía la colina el hermoso sol de otoño y me decía: las hijas de Juan de Penhoel son jóvenes, bellas y amadas!... Mañana volverá el sol á dorar con sus brillantes rayos mi cabaña: ¿dónde se encontrarán entonces las hijas de Juan de Penhoel?

Elena y Diana se estremecieron.

—¡Cómo!... ¡tan pronto! pronunció Diana en voz baja.

—El pantano es profundo, murmuró el barquero. y por muy bajas que estén las aguas, habrá bastantes para que las dos pobres niñas se ahoguen en la cascada de la *Dama Blanca*.

Elena apoyó su cabeza en el seno de Diana, que la estrechó en silencio contra su corazón.

—Después de esto, prosiguió Benito Haligan, se apoderará del castillo el génio del mal.... ¡Po-

bre Marta!.. cómo la veo llorar llamando á su hijal

—¡Tambien Blanca! dijo Diana, que no habia llorado por sí y que derramaba una lágrima por la suerte del Angel.

—¡Y Penhoell exclamó el barquero agitando las blancas mechas de su larga cabellera. ¡Y Penhoell!

Los ojos del anciano se inyectaron de sangre y su voz quedó paralizada en la garganta.

—Penhoel, replicó buscando un fantasma en el vacío.... ¡Piedad!... ¡es vuestro hermano!

Sus brazos cayeron sobre la sábana.

—Lo habia dicho, prosiguió con desaliento; su cuerpo y su alma!

Calló.

Elena y Diana permanecian sobrecogidas de terror.

Durante algunos minutos reinó en la habitacion un silencio lúgubre; luego pareció animarse una estrella en los ojos del anciano.

—¡Escuchad! dijo con voz grave y baja, ¡escuchad!

Su gesto recomendaba el silencio como si hubiera querido oír un ruido leve y lejano.

—Escuchad, repitió por tercera vez; ¿no oís que se habla de vosotras allá abajo, bajo la torre del Primogénito?

Las dos hermanas se miraron asombradas. La distancia que separaba la torre de la cabaña era tal, que hubiera sido preciso gritar muy fuerte para hacerse oír de una en otra parte.

—Allí están, prosiguió sin embargo Benito, los

cobardes é infames asesinos!... huid, huid, hijas mías.

Aun es tiempo.

Y como Elena y Diana permanecieron inmóviles, prosiguió lentamente Benito:

—Allí están, os digo; si no queréis huir, id al menos á saber la suerte que os está reservada.

Habia en el barquero un acento tan profundo de conviccion, que Elena y Diana no pensaron mas en la distancia que las separaba de la torre.

Lanzáronse fuera de la cabaña como si hubiera bastado salir para oír aquellas voces que pronunciaban su sentencia.

El silencio reinaba en el campo. La atmósfera pesada dejaba inmóvil el follaje y las malezas. Las dos hermanas comenzaron á subir el sendero abierto á pico que conducia á la torre del Primogénito.

No se ocupaban de explicarse su accion, y su espíritu permanecia absorto en los fúnebres pensamientos que Benito Haligan acababa de evocar ante ellas.

Pero como se acercaran ya á lo alto de la cuesta, se detuvo Diana de pronto, estrechando fuertemente el brazo de Elena.

Benito Haligan no las habia engañado. Oían muchas voces bajo la torre del Primogénito, y les parecia escuchar á lo lejos sus nombres repetidos diferentes veces.